

—Iba á proponerte que abandonásemos este palacio.

—Lo habia adivinado, Raquel.

—¿Y no juzgabas lisonjera mi proposicion?

—No, judía. ¿Esa palabra que me exigés será de unir nuestros destinos?

—No, Bernal.

—¿De que te amaré en adelante?

—Tampoco exigia que me amases.

—¿De que no procurase unirme á la mujer á quien adoro?

—Ahora acabas de adivinarlo.

—Y como no habia de prometerlo...

—¿Has adivinado tambien que tu evasion es imposible, y que serás dentro de poco el mas humilde prisionero del noble príncipe de Gales?

—Sí; y es preferible una prision á deber algo á una mujer á quien altamente desprecio.

—Adios, Bernal, dijo la judía, clavando sus menudos dientes en sus frescos y rojos labios.

—Adios, Raquel, respondió el bastardo reclinándose en el divan.

CAPITULO V.

Tirsis amaba sin temer mudanza
A la tebana Ardéa; mas la muerte
Llevó tras si ventura y esperanza.
Vino á llorar la miserable suerte
Cerca del Bétis, do cantar solía,
Y en tales versos el dolor convierte.

JUAN DE MORALES.

UNA brisa perfumada y pura mueve las copas gigantescas de un bosquecillo de cipreses: una pobre fuente gotea en una pila de granito, y sobre un sepulcro de mármol negro arde una lámpara de alabastro. Dos lechuzas de tardo vuelo baten sus alas á compas para extinguir la débil llama, que aunque macilenta las impide chupar unas gotas de aceite; pero la luz parece animada por algun espíritu oculto, y quizá el alma del muerto lucha con las aves nocturnas, para conservar el recuerdo que la consagra un puro amor.

¿Después que abandona la carne tendrá el alma alguna memoria? ¿Los objetos que la conmovieron en el peregrinaje del mundo conservarán algun influjo cuando el espíritu comienza su vida de una eternidad? En los ensueños y en las vigiliass nos anticipamos el destino de la materia, y representamos su destruccion; pero ni en las vigiliass ni en los sueños marcamos carrera al espíritu, ni le destinamos paradero. Concebimos á la luz de la fé mansiones de castigos y premios: nombramos al bienaventurado con júbilo, y con dolor amargo al réprobo; pero no distinguimos jamás si la misma fé nos revela, en qué se ocupará el espíritu, del mismo modo que no sabemos, aun estando sobre la tierra, qué pensamiento seguirá al que al presente nos ocupa. Si el alma de D. Juan amaba á la huérfana de Avendaño, goces purísimos debía tener en el frío seno de la tumba.

Las aves revoloteaban; unos lijeros pasos de

mujer se percibian hollando la yerba marchita; y al débil ruido de los pasos las lechuzas alzaron el vuelo, dejando arder la luz simbólica sobre la tumba scitaria.

Doña Inés Sanchez de Avendaño, la hermosa jóven de Carmona, la heroína de Calahorra, la pobre enferma de Angulema se presentó vestida de blanco, con el cabello suelto y flotante, y una corona de rosas blancas, como su frente y sus mejillas. Sostenian sus manos transparentes unos ramos de siemprevivas, que fué colocando con amor sobre el sepulcro del infante. Así que las hubo colocado se reclinó sobre el césped húmedo, los ojos fijos en la tumba, escuchando con atencion, y como en actitud de esperar.

El viento aumentaba su fuerza; grandes masas de negras nubes oscurecian el firmamento, y los cipreses sacudidos cruzaban sus copas altivas. Un relámpago iluminó el seno de las negras nubes, y un trueno resonó á lo lejos.

—Ya llama, dijo Doña Inés: brilla la aurora del gran dia, el ángel toca la trompeta, el valle de Josafat aguarda. Levántate, infante D. Juan; el dia del juicio ya ha llegado y nos aguarda el himeneo. Mírame vestida de blanco, ciñe mi frente la corona de rosas blancas, y en el monte de las olivas hay un sacerdote y un altar. Los ejes del firmamento crujen; los abismos del mar se ajitan; las montañas abren sus cráteres, y los volcanes brotan fuego. La bóveda del cielo se hunde y el mundo, D. Juan, se vuelve al caos. Lévantate.

¿Ves aquel trono de diamantes? Aquel trono es para los dos. Tú me amaste hasta perecer; yo te adoro después de muerto: aquel trono, infante D. Juan, es el premio de la constancia. Dos ángeles baten sus alas y forman con ellas un dosel: un sol radiante se refleja en las gradas del alto trono, y las luces que de él emanan son estrellas de un nuevo cielo. ¿Ves aquella hermosa matrona con manto de púrpura y oro? Es tu madre. ¿Ves aquel altivo guerrero con una cruz verde en el pecho? Es tu hermano, el noble maestre D. Fadrique. ¿Ves aquella mujer hermosa, dulce, tranquila, resignada? Es doña Blanca. ¿Ves aquella heroica falanxe de grandes maestros y caballeros, ricos-homes y prelados? Son las víctimas de Pedro el Cruel. ¿Ves, D. Juan, en aquel paraje una llama azul y siniestra? ¿Ves negros torbellinos de humo, y á su través mas negras sombras? ¿Ves aquel hombre arrodillado con la cabeza sobre un tajo y á su alrededor cien verdugos? Es D. Pedro. Aquel que ves á su derecha es Diego de Padilla, el de su izquierda Fernando de Castro, los de mas allá sus capitanes, los mas lejanos sus ballesteros, y aquel á quien mas martirizan, es Garcí-Díaz: sí, Garcí-Díaz de Albarracín.

Un trueno mas ronco zumbó, y volvió á lucir el relámpago. La huérfana aplicó el oido, reclinándose sobre la tumba, y después de haber escuchado unos instantes prosiguió:

—¿Te has olvidado de mí, D. Juan? ¿No tienes prisa por reunirme con la esposa que tanto amabas?

¿Te parezco menos hermosa, porque se han hundido mis ojos y descarnado mis mejillas á fuerza de tanto llorar? Levántate, D. Juan, levántate, y llegaremos los primeros.

Los truenos eran mas prolongados y los relámpagos mas continuos: el huracan silbaba á intervalos y anchas gotas de lluvia caian sobre la huérfana de Avendaño, sin que se apercibiese siquiera del rigor de la tempestad. Inclínada sobre el sepulcro queria reanimar las cenizas con su aliento y despertarlas con sus ayes.

—D. Juan, continuaba diciendo: desde que no existes, tu imágen me acompaña continuamente, y si quiero rogar á Dios, es á tí, mártir, á quien suplico. Bernal ha pedido mi mano; Bernal estaba loco sin duda cuando codiciaba un amor que vive tan unido á mi alma como el pensamiento y el espíritu. Hinestrosa ha llorado á mis pies; tambien Hinestrosa está loco. El rey D. Pedro me amó, pero cuando tú vivias, infante; tambien D. Pedro estaba loco. ¿Oyes la trompeta del ángel? ¿La oyes? Levántate, D. Juan, levántate.

A la luz de un vivo relámpago vió acercarse doña Inés un bulto que rápidamente caminaba; un blanco albornoz lo cubria y su respiracion anhelante manifestaba claramente que habia apresurado su marcha. Al llegar cerca de la huérfana hizo una profunda cortesía y se quedó con las manos juntas sobre el pecho y con la cabeza inclinada.

—Ángel del señor, dijo la huérfana, toca con tu dedo esta tumba, y haz que se reanimen las cenizas.

—Solo Alá puede dar al hombre una virtud que ha reservado para sus escogidos y profetas. No pueden dar vida los hombres á un reptil pequeño; pero la mano de Alá el grande hace mundos y paraísos. Por su virtud hay una urna en la ciudad santa de la Meca, y en ella se conservan los restos de su gran profeta Mahoma. Elevada en medio del aire, significa muy claramente que cielos y tierra se disputan el honor de guardar sus huesos, y tambien que toda la tierra ha de verse sujeta un dia á los defensores del Coran, que habitarán solos el paraíso, sobre las estrellas colocado.

A pesar de su desarreglo mental, escuchó Doña Inés con asombro el lenguaje del extranjero, y después de haberlo mirado atentamente le replicó:

—Por lo que veo tú no eres el ángel de Dios.

—Yo, replicó el moro, soy Celin, siervo de Alá y de su profeta, siervo de Mahomad, rey de Granada, y siervo tambien de su siervo el sabio y poderoso Abenabatin.

—¿Y qué buscas por aquí, moro, en una noche como esta?

—Busco la hospitalidad, noble dama, hasta que despunte la aurora.

Doña Inés iba perdiendo poco á poco su extraordinaria pesadilla, y fijando mas su atencion en el mensajero granadino,

—¿A dónde vas? le preguntó.

—A Sevilla. Llevo una carta que envia Abenabatin al rey D. Pedro.

Al nombre del rey cobró la huérfana en algun modo su razon, y reuniendo todas las facultades que sobrevivian en su alma á tan complicados dolores, cogió de la mano al mensajero y le dijo con voz cariñosa:

—Tú has caminado mucho, Celin. En la cumbre de aquella colina hay un espacioso castillo, que baja su puente á mi mandato y á mi voluntad se levanta. En él encontrarás abrigo, cama y cena; la hospitalidad que Dios manda conceder á todo viajero, y los dones que un señor rico puede ofrecer á cualquier huésped. Dame tu brazo, y sin tardanza encamínemonos al castillo.

Se apoyó Doña Inés en el brazo del mal parado caminante, y se alejaron del sepulcro. A la salida del bosquecillo se encontraron con Hinestrosa, que en busca de Doña Inés llegaba, y á pocos pasos con Enrique.

CAPITULO VI.

Para hablar á una cristiana
Sábía, como un calapino,
Se vistió un diablo ladino
Con bonete y con sotana.
Humilde como un San Pablo,
A la cristiana enamora:
Después cortejó á una mora
Vestido de moro el diablo.

GONZALEZ.

Llegó la huérfana al castillo acompañada de Hinestrosa, del buen paje Enrique y del moro. El aspecto de la fortaleza no tenia nada de agradable, y sobre sus muros macizos ercian algunas plantas parásitas, entre cuyas ramas y en las hendeduras de los sillares, ponian sus nidos las cornejas, los murciélagos y los buhos. El foso, cegado de escombros, no servia para la defensa, y el puente, que no se levantaba hacia años, estaba cubierto de tierra, sin argollas y sin cadenas. Unas ventanas bastante estrechas daban lento paso á la luz, al traves de vidrios de colores sujetos con barras de estaño, y algunos rotos dejaban penetrar al viento, que sordo mugia bajo los tallados arsesones.

Habia pertenecido este castillo á D. Lope Sanchez de Avendaño; pero desde la desgraciada muerte del comendador de Castilla, estuvo inhabitado y solo por el espacio de diez años, hasta que después de la batalla que quitó el reino á D. Enrique, resolvió la huérfana habitarlo, acompañada del alcaide que nunca quiso abandonarla.

El mueblaje de este castillo no estaba en armonía ciertamente con el abandono que se notaba en el exterior del edificio. El anciano alcaide de Carmona habia cuidado de renovarlo, y como solo tenia un pensamiento, que era proporcionar comodidades á la doliente Doña Inés, lo habia amueblado con todo el lujo y toda la elegancia del siglo.

Entró en el castillo la huérfana, y varios pajes

acudieron con sendas hachas en las manos para alumbrar el estenso patio y la magnífica escalera. Subió sus gradas Doña Inés apoyada siempre en el moro, mas al llegar al primer descanso la salió al encuentro Beatriz.

La dueña estaba formidable; y formidable, de seguro, bajo muchos y muchos aspectos. En primer lugar, su gran mole se había aumentado en los tres meses que habitaban en el castillo, efecto sin duda de las aguas ó de la variación del clima; pues las disposiciones gastronómicas de la respetable Beatriz no se habían disminuido un solo día ni en las penas ni en los trabajos. En segundo lugar, inquieta por la ausencia de Doña Inés en una noche borrascosa, mostraba un rostro compungido, que dilatando ó comprimiendo unas facciones muy dificultosas de suyo, no se parecían á las humanas, y se acercaban á las de una mona que padece, pero en colosales dimensiones.

Al ver la dueña á su señora sintió un placer extraordinario, que aunque espresado con las lágrimas, hizo variar en algun tanto la fisonomía de Beatriz, sin que ganase en hermosura, al llegar la toca á los ojos para enjugar el dulce llanto, que no tenía nada de perlas, pero sí mucho bermellón y otros conocidos unguentos. Mas la alegría de la dueña, tan expansiva en un principio, fué pasajera y precursora del sentimiento y de la ira. Cuando los ojos de Beatriz, algo empañados por las lágrimas y mucho por un humorcillo, que no llamaremos por su nombre por no ser la palabra limpia, y haberla criticado alguna vez en el criticado Bernaldo del criticado Valbuena; cuando los ojos de Beatriz distinguieron el rojo turbante que cubría la blanca capucha del albornoz del granadino; cuando vieron que Doña Inés se apoyaba familiarmente en el brazo de un sarraceno, toda la bilis de la dueña se montó sobre sus narices, y poniéndose las apopléticas, ó en otros términos gangosas, desató al mismo tiempo su lengua, y no tuvo quietas sus manos, arrancando de un solo tiron á la huérfana del sarraceno, y diciéndola al tiempo mismo:

—Esto no puede ya sufrirse; hasta aquí has tenido manías y haz hecho cosas que repruebo, porque quebrantan tu salud, pero que no podían dañar nunca á la salvación de tu alma. Hoy ha cambiado todo de aspecto. Has estado fuera del castillo durante una gran tempestad, y el mal espíritu que combate en el seno de las negras nubes con nuestro patron el Señor Santiago, formando sus caballos los truenos y los golpes de sus hacheros los relámpagos y los rayos, se ha apoderado de tu espíritu, y será capaz de llevarte á su morada de tinieblas.

—¿En dónde está ese mal espíritu? preguntó riendo Doña Inés.

—¿No le ves? replicó la dueña.

—No le veo, querida Beatriz.

—¿No le ves? ¿no le ves?

Los criados empezaban á santiguarse, creyendo que la anciana dueña con vista sobrenatural y por una permisión del cielo, estaba viendo el mal

espíritu, que ellos procuraban descubrir con ojos y bocas abiertas. Hinestrosa, que había estudiado mucho mas que se acostumbraba en aquel siglo de guerra y muerte, fué incrédulo, como todo sabio, durante sus floridos años y algunos de su edad madura; pero la vejez y los dolores le tornaron supersticioso, y daba mas crédito á los consejos de aparecidos y duendes, que á los milagros de los santos y á los artículos de la fé. Con esta disposición de ánimo, no se santiguó como los criados, pero sí buscaba como ellos el mal espíritu de las nubes que la anciana dueña veía. Enrique, jóven y valiente, había jurado desde niño no temer á duende ni á hombres, y aunque no había nacido Quevedo, decía con el célebre satírico: *Mas ni los.... ni los diablos veo*; y así, lejos de buscar al espíritu como Hinestrosa y sus criados, solo dijo para su colete: "Esta vieja ha perdido el juicio." El moro escuchaba á la dueña con mas atención que los demas, y buscaba con mas ahinco al mal espíritu de las nubes: el moro tenía sus razones muy valederas y fundadas. Cuando se acercó á los cipreses, le recibió la jóven huérfana llamándole *ángel del Señor*, y le suplicó que evocase el cadáver que allí yacía. Esta petición extraordinaria probaba que había desarreglo en la razón de Doña Inés, y bien podía haberlo producido el mal espíritu de las nubes. Aunque resentido Celín de la manera algo brutal con que le había arrebatado á Doña Inés, creyó que obraría como discreto tomando el partido de la dueña, y se espresó con estas palabras:

—La vista de Alá solamente ve los espíritus que giran entre las masas de las nubes y entre el fuego de los relámpagos; la vista del hombre se ofusca, y si quiera puede, como el águila, mirar al sol en su cenit. Pero Alá, que todo lo puede, presta alguna vez al escogido esa vista que todo lo alcanza, y yo no dudo que esta dueña está viendo ahora al mal espíritu como nos vemos unos á otros.

Los criados escuchaban al moro abriendo mas ojos y boca, y Enrique se acercaba á él, cuando exclamó Beatriz de nuevo:

—No tengais duda, no, señores: el mismo espíritu lo ha dicho.

—¿Quién es el espíritu, dueña? preguntó el paje con enfado.

—El moro, replicó Beatriz.

La mayor parte de los criados bajaron rodando la escalera; Hinestrosa se santiguó, y Doña Inés sonrió tristemente. Enrique, que ya no podía sufrir farsa tan repugnante, cogió á Celín por los cabezones, y si Doña Inés no le detiene, hubiera rodado el morazo las escaleras del castillo.

—Detente, Enrique, dijo la huérfana. Ese sarraceno ha pedido hospitalidad á una noble.

—Y no soy, añadió Celín, el mal espíritu de las nubes.

—Eres el espíritu disfrazado bajo las formas de un morazo, dijo la fanática Beatriz.

Enrique dejó libre al moro por consideración á Doña Inés: los criados fueron cobrando ánimo al

ver al mal espíritu humillado por la firme diestra de Enrique: Celín se acogió al regazo de la huérfana, y Beatriz prosiguió jurando que el mal espíritu de las nubes estaba oculto bajo las formas del caminante sarraceno.

A pesar de los grandes gritos que proseguía dando la dueña, recibieron orden los criados de disponer una buena cama y de aderezar una cena para el sectario de Mahoma. Se discutía mucho en la cocina sobre si se habían de condimentar los manjares con la succulenta manteca ó con el aceite de olivas; pues decían algunos, con razón, que segun la ley del profeta no podía comer el granadino nada que estuviese mezclado con la sustancia de los cerdos. A pesar de estas observaciones, un mal intencionado marmiton puso al asador dos buenas pollas rellenas de jamon bien magro, con el piadosísimo objeto de que le indigestasen al moro; pero solo sirvió su astucia para que saliesen mas sabrosas, y las devorase con mas ansia el fiel observador del Coran, que por no atragantarse con ellas, pidió sin mucha ceremonia, pero con escándalo de los que le oían, un par de botellas de vino que le sosegaron el estómago y le proporcionaron un sueño, en el que vió millores de hurís vestidas de encajes de plata, que le coronaban de flores y le adormecían entre sus brazos al compas de las arpas éolas y lo besaban mil y mil veces con ardientes labios de rubí.

En tanto que el moro dormía, estaban solos en una estancia la huérfana del comendador y el antiguo paje de D. Juan.

—Enrique, le dijo la huérfana, un ángel de Dios te conduce á este castillo solitario: tu presencia aquí era indispensable, y has llegado á la hora precisa.

—Deseaba mucho, noble señora, poder estar á vuestro lado; y en la ocasion presente doy gracias al Todopoderoso Dios por habérmelo concedido. ¿Mas queréis decirme, señora, por qué juzgais aquí mi presencia como un beneficio del cielo?

—¿Conoces á ese moro, Enrique?

—No le había visto hasta esta noche.

—¿No sabes quién es?

—No, señora.

—El moro es un mensajero que envia al rey D. Pedro de Castilla su fiel amigo Abenabatin, sabio entre los sabios de Granada.

—¿Por quién lo sabeis, Doña Inés?

—Por él mismo, valiente paje.

—¿Y qué debo yo hacer, señora?

—El moro lleva una carta, que puede ser útil al rey, por lo importante de los avisos ó lo sabio de los consejos. La carta la necesito.

—En vuestro poder está el sarraceno.

—Debe salir de mi castillo. Me ha pedido hospitalidad y se la doy sin asechanzas: reveló imprudente un secreto, y me aprovecho de su aviso. El moro saldrá del castillo, y tú recogerás la carta.

—Todo lo comprendo, señora. Mañana, al despertar el alba, monto en un ligero caballo, y

espero que el moro se aleje, para apoderarme por fuerza de ese papel que codiciamos.

—Tambien es preciso que te apoderes de su persona.

—Vivo ó muerto vendrá á este castillo.

—No le mates, Enrique, no.

—Le dejaré, señora, que elija entre la rendición y la muerte.

—Ha sido mi huésped, buen paje, y preferiré verle vivo.

—Juro á Dios que así le veréis.

Doña Inés dió su mano á Enrique, que la besó con gran respeto y se retiró á su aposento. Al lucir la aurora estaba el paje sobre un arrogante trotero á las inmediaciones del castillo: momentos despues salió el moro.

CAPITULO VII.

Luce una radiante estrella
Que no oscurece la luna;
Clara, rutinante, bella,
Símbolo de tu fortuna.

LOPEZ.

TERMINAMOS la tercera parte con la gran batalla de Nájera, y no hemos podido dar noticias de algunos de los personajes que se distinguieron en ella. Para enmendar este descuido y llenar la parte de crónica, que el orden de los sucesos pide, vamos á dedicar unas líneas á tan importante materia.

Despues de la célebre batalla movieron su campo el rey D. Pedro y el heredero de Inglaterra. El objeto de los aliados era apoderarse de Burgos, y á los pocos días la ciudad estuvo cercada de tropas. Intimidada la rendición, no fueron mas fieles los vecinos á D. Enrique que antes lo habían sido á D. Pedro; y ajustadas las capitulaciones, dieron entrada al vencedor, por la misma puerta que un año antes se la habían dado á los vencidos: siendo de notar que Beltran Gúesclin entraba prisionero ahora por donde había entrado triunfante.

Los primeros días se pasaron en ceremonias religiosas, y en bulliciosos regocijos; pero calmada la efervescencia que producen los grandes triunfos, pensaron muchos caballeros, de los que al príncipe servían, en las recompensas que D. Pedro les había ofrecido de antemano. Impacientes por poseerlas, las recordaron al de Gales, que tambien pedía para sí el señorío de la Vizcaya. El príncipe tenía que cumplir sus deberes de capitán, y como todos los de la época, deseaba quedasen contentos cuantos habían seguido sus banderas, para que siguiesen en ellas y acrecentasen su poder.

—D. Pedro, dijo un día al monarca, Castilla es vuestra enteramente, y hemos cogido prisioneros á Beltran Gúesclin, al mariscal, al conde de Denia y á otros muchos. Yo he trabajado y he sufrido, como el que mas, rey de Castilla: mis

gentes se han portado bien, y ha coronado la victoria nuestros gigantescos esfuerzos. Hemos cumplido enteramente cuanto os ofrecí en Angulema. ¿Habeis hecho lo mismo, D. Pedro? por mi palabra real que no. Mi ejército padece hambres; á mis capitanes se les deben los sueldos de sus compañías, y Vizcaya no está en mi poder. ¿Cuándo pensais recompensarnos? ¿Queréis engañarme por ventura? Mucho os equivocais, D. Pedro. Si faltais á vuestros juramentos faltaré tambien á mis promesas; y la corona que llevais por mi proteccion y mi valor, caerá otra vez de vuestra frente para que la recoja Enrique, ó para ceñírmela yo propio. ¿Qué me respondeis, rey D. Pedro?

D. Pedro se mordió los labios hasta desgarrarse la piel; mas reconcentrando su ira respondió al príncipe:

—Señor, cumpliré religiosamente cuanto os prometí en Angulema, y no hay motivo de dudarlo; pero si considerais escasas las recompensas que quiero hacer, señalad otras nuevas, príncipe, y no vacilaré en otorgarlas.

—Me contento con lo ofrecido.

—Sé que os debo, señor, mi corona; pero para pagar los dispendios que os ha ocasionado la guerra, necesito reunir tesoro, y jamas podré realizarlo, si no licencias las compañías que están en vuestro alrededor. Ya no tenemos enemigos: vos podeis adelantar las pagas á las compañías que os acompañan, y quedar aquí hasta que yo os reembolse de un todo, ó marchar adonde os convenga.

El príncipe creyó que D. Pedro hablaba así de buena fé, y llamando á sus caballeros les propuso si querian retirarse hácia Navarra, bajo la persuasion que el rey iria á llevarles muy en breve gran cantidad de doblas de oro. Los caballeros contestaron que estaban prontos á seguir cuanto el príncipe les ordenase, y pocos dias despues se alejaban de la capital de Castilla.

D. Pedro se encaminó á Toledo, que le abrió sus puertas y sufrió castigos terribles, propios del severo monarca, y de allí se marchó á Sevilla en donde le hallamos gozoso de tener prisionero á Bernal.

D. Enrique de Trastamara llegó al castillo de este nombre, y en él encontró á su mujer llena de temor y sobresalto, pues acababa de saber el mal éxito de la batalla y la desaparicion de su esposo. Pasó algunos dias entregado á los cuidados de familia y á los preparativos de un viaje, que segun sus buenas esperanzas debia restablecer la diadema sobre su frente ennegrecida por el sol de los campamentos, por el sudor de las batallas. Disfrazado de peregrino, salió al cabo de algunos dias de su castillo de Trastamara: atravesó todo el Aragon; se presentó á su rey, que le acogió como antiguo amigo, ofreciéndole algunos socorros para cuando volviese á España; y atravesando el Pirineo llegó á la ciudad de Avignon. Aquí encontró al duque de Anjou que le recibió como á un hermano, y le pidió largas noticias de cuanto le habia sucedido.

—Señor, respondió D. Enrique, es tan notoria mi desgracia, que fuera cansar referirla. Las huestes del príncipe de Gales, reunidas á las de D. Pedro me derrotaron en Nájera: quise morir como soldado, pero lo impidió Beltran Gúesclin obligándome á tomar la fuga. He pasado unos cuantos dias en mi castillo de Trastamara tranquilizando á mi mujer, y disponiendo mis negocios. Desde allí he venido á Avignon, para reclamar los auxilios del Santo Padre, los del rey de Francia vuestro hermano y los del noble duque de Anjou.

—De todos los tendréis, D. Enrique. Yo sé que el príncipe de Gales me profesa un odio profundo, y aborrece á toda mi familia. Su padre nos ha hecho la guerra largo tiempo, sin justa razon y sin causa. Ha combatido casi siempre con la mas próspera fortuna, porque los que estaban obligados á venir en nuestro socorro han vuelto traidores las espaldas. La paz que ajustó el rey de Francia no puede ser muy duradera; y el príncipe de Gales ansía ensangrentar de nuevo las campiñas de la patria de Carlo Magno. La amistad que el rey de Francia y yo os profesamos, D. Enrique, ofende al inglés orgulloso y le estimula mas y mas á romper de nuevo la guerra. Siento mucho vuestro infortunio, así como tambien la prision del valiente Beltran Gúesclin, del bravo mariscal d'Audrehem, y del intrépido Villain; pero tengo esperanza en Dios que mejoraráis de fortuna y que os sentaréis en el trono de vuestro padre D. Alonso. Si no estuviera, D. Enrique, ocupado con propias guerras, os acompañaria en persona á la conquista de Castilla; pero á pesar de los dispendios que me causan tan crudas lides, partiré con vos mi fortuna y os auxiliaré con soldados. Habeis combatido en favor de las lises, amigo mio; y el rey de Francia nunca olvida á los defensores de su trono. Escribiré á mi hermano hoy mismo, y sus socorros serán tan prontos como abundantes: yo lo espero.

D. Enrique agradeció al duque sus cortesés ofrecimientos, y el último invitó al monarca á comer con él aquel dia.

La comida fué tan espléndida como si el mismo rey de Francia la honrase con su real presencia, y los manjares se sirvieron en vajillas de oro y de plata.

Al terminarse la comida dijo el duque al rey D. Enrique:

—Noble rey, os doy á manera de bienvenida, toda la vajilla de oro y plata que nos ha servido en la mesa.

—Ese dón, replicó D. Enrique, es propio de un príncipe tan liberal como el noble duque de Anjou.

Despues cabalgaron los dos príncipes, y se dirigieron reunidos al magnífico palacio del Papa. Su Santidad envió á recibirles muchos respetables prelados, que los condujeron á la cámara en la que el Padre Santo esperaba. Se inclinaron ante el Pontífice, que les dijo:

—Bien venidos seais, hijos míos; y despues les dió su bendicion.

—Santo Padre, dijo el duque de Anjou: delante de vuestra Santidad está D. Enrique Segundo, rey de Castilla y de Leon, que ha sido echado de su reino, por su hermano D. Pedro el Cruel, ayudado del príncipe de Gales. Vuestra Santidad sabe bien los desafueros que D. Pedro ha cometido contra la Iglesia, y la impiedad de los caballeros que el príncipe inglés acaudilla: tambien conoce vuestra Santidad la religion de D. Enrique, y sus buenas partes como rey, como cristiano y caballero. Estas cualidades le recomiendan, y son bastantes por sí solas para que vuestra Santidad haga en su obsequio cuanto sea dable apetecer; pero si algo vale mi amistad y mi recomendacion, Santo Padre, yo soy amigo de D. Enrique, y como á tal lo recomiendo.

—¿Qué pide el hijo de la Iglesia, mi muy amado rey D. Enrique? ¿Quiere que lance muchas censuras contra D. Pedro de Castilla? ¿Quiere que conceda indulgencias á cuantos combaten contra él?

—Buenas armas son, Santo Padre, dijo D. Enrique el Segundo, las censuras, y buen estímulo las indulgencias; pero hay personas tan impías que no temen á las primeras, ni de las segundas hacen caso. Si pudiera vuestra Santidad proporcionarme algunos millares de buenas doblas castellanas, estoy seguro que D. Pedro temeria mucho mas á los soldados que yo levantara con ellas, que á los anatemas mas terribles.

El Pontífice se hizo cargo de la verdad de estas razones, y facilitó á D. Enrique doscientas mil doblas castellanas, que unidas á otras doscientas mil que le adelantó el rey de Francia, y á los dones del duque de Anjou, le pusieron en disposicion de alzar una pequeña tropa, que infundió nuevas esperanzas á sus parciales de Castilla.

Salió D. Enrique de Avignon, y se fué en busca de Gaston Febo, conde de Fox y señor de Bearne, esperando hallar á Bernal, y conseguir por este medio algunos refuerzos y socorros. Cuando se presentó D. Enrique al noble señor de Bearne, le dijo éste:

—Rey de Castilla, ¿qué habeis hecho de mi hijo Bernal?

—Desde la batalla de Nájera no he tenido noticias suyas.

—¿Y qué pretendéis, D. Enrique?

—Vengo á pedir algunas gentes, para conducir las á Castilla.

—Quinientos caballeros bearneses quedaron en los campos de Nájera, y con ellos mi hijo Bernal.

—Allí se cubrieron de gloria.

—Mucha gloria alcanzaron, mucha; pero la pagaron á gran precio. Mucha gloria ganaron, mucha; pero no he visto mas á mi hijo.

—Ahora es la ocasion de vengarle.

—No es la ocasion, rey de Castilla.

—Sí es la ocasion, dijo un guerrero, presentándose de repente. En su diestra mano llevaba

el estandarte de Bearne y en la siniestra y con desprecio el del heredero de Inglaterra: la visera cubria su rostro, y tenia empolvada la armadura.

—¿Quién eres? preguntó Gaston.

—Tu hijo soy: soy Bernal de Bearne.

—¿Mi hijo está aquí! ¿Mi hijo no ha muerto! Rey de Castilla, los bearneses te seguirán.

A los ocho dias de esta entrevista quinientos caballeros bearneses, mandados por Bernal de Bearne, acompañaban á D. Enrique, y pocos dias despues entraban por la frontera de Aragon. El rey D. Pedro, de este reino, no conservaba á D. Enrique la fina amistad que en otro tiempo, resentido porque el bastardo de D. Alonso no le habia entregado la mitad de Castilla durante el periodo de su mando. Para vengarse, ó por temor al rey D. Pedro de Castilla, envió soldados que cerrasen todos los pasos á D. Enrique; pero el favor de muchos nobles y el del mismo tío del rey de Aragon facilitaron al de Trastamara los caminos, proporcionándole provisiones, y ayudándole con socorros en armas, en hombres y en dineros.

Esta vez, como la anterior, llegó D. Enrique á Calahorra y fué recibido con júbilo por los nobles y los pecheros: permaneció en ella algunos dias esperando á los caballeros que debian reunirse en breve, y tomando todas sus medidas para reconquistar el reino ó perecer en la demanda. Al pisar tierra de Castilla descabalgó el rey D. Enrique, hizo una cruz sobre la arena con la aguda punta de su espada, se arrodilló devotamente, y despues de haberla besado dijo á todos sus caballeros: „Yo juro á esta signífica de cruz que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, salga de Castilla: que antes espere ¡ay! la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.“ Resuelto á cumplir su juramento queria jugar el todo por el todo, y se preparaba á la lid con ánimo firme y prudente.

Supo D. Enrique en Calahorra, que sus antiguos partidarios estaban mas bravos que nunca, y que muchas villas y castillos alzaban pendones por él. Animado con estas nuevas, y no queriendo perder tiempo, envió mensajeros á Burgos, para que supiesen si la ciudad estaba pronta á recibirle. Los burgaleses, que una vez quisieron mostrarse leales al rey D. Pedro de Castilla, y tuvieron que sucumbir por el abandono del monarca, se inclinaron á la veleidad, que era común en aquellos tiempos, y contestaron á D. Enrique, que estaban prontos á recibirle, á pesar de tener el castillo una guarnicion respetable, y un alcaide muy decidido por la persona del rey D. Pedro.

Cuando recibió esta respuesta, ya caminaba D. Enrique hácia la buena ciudad de Burgos, á la que llegó á marchas dobles, y fué recibido con muestras de adulacion ó de entusiasmo.

Sin dar reposo á sus soldados emprendió el cerco del castillo, apoderándose en breves dias de la fortaleza y guarnicion.

Estando D. Enrique en Burgos, recibió la mas

fausta noticia que podia esperar por entonces. D. Juan Alonso de Guzman, el maestre D. Pedro Muñiz y otros caballeros de cuenta, que le habian permanecido fieles, tremolaban sus pendones en Córdoba, y en muchos castillos inmediatos haciendo la guerra en Andalucía, mientras él la hacia en Castilla la Nueva.

Sabia por esperiencia D. Enrique, que la rapidez en los movimientos podia asentarle sobre el trono en corto número de dias, y recordaba que lo habia perdido en el trance de una batalla. Su ejército se habia aumentado considerablemente en Burgos, y no era su ánimo dejar ociosos los soldados allí reunidos. La capital de uno de los reinos, la antigua ciudad de Leon se tenia por el rey D. Pedro, y su hermano creyó prudente entrarla por fuerza ó por grado. Manifestó su pensamiento á los mas ilustres capitanes, y acordaron unánimemente encaminarse hácia Leon. El ejército la puso cerco á principios de mil trescientos sesenta y ocho, y como no imitaron á los leones de Sagunto ó Numancia, el rey D. Enrique quedó en breve único señor de la ciudad.

Dueño D. Enrique de Leon, llamó á consejo á sus capitanes, para decidir hácia qué punto debia encaminarse la hueste. Fueron los unos de opinion, que lo mas conveniente era marchar sobre la Andalucía, y acabar en una batalla tan interminable querella. Otros creyeron, al contrario, mas conveniente dirigirse sobre la ciudad de Toledo, y despues que fu sen dueños de ella, lo que no consideraban difícil atendiendo al poco trabajo que les habia costado tomar el castillo de Burgos y la noble ciudad de Leon. D. Enrique se inclinó al fin al consejo de los mas cautos, y movió la hueste sin tardanza para poner sitio á Toledo.

La ocupacion de tomar pueblos era á los soldados agradable, por el estímulo del botin, y trocaban con gran placer unas cuantas libras de sangre por buenas doblas castellanas. D. Enrique no dejó pueblo de alguna consideracion que no entrase desde Leon hasta la Imperial ciudad de D. Alonso; y el dia primero de Abril puso sus reales delante de Toledo.

Envío á la ciudad D. Enrique un heraldo que la intimase de su parte la rendicion; pero el alcaide, que era hombre muy aficionado á D. Pedro, y de un valor á toda prueba, respondió al rey con altivez, negándose á todo partido y provocándole fieramente. Mucho sintió el rey D. Enrique la repulsa del toledano que detenia su triunfal marcha, pero juró formalizar sitio y no levantarlo aunque durase lo restante del año.

D. Enrique comisionó á Villaines para que formalizase el sitio; y este capitán consumado, que habia jurado como el rey quedar dueño de la ciudad, hizo traer gran número de árboles de todos los bosques inmediatos, y levantar altas trincheras que á la ciudad circunvalasen.

El sitio de Toledo empezó, pero continuaba lentamente, y sin esperanzas de término: los víveres de los sitiados se disminuian notablemente;

pero contra el hambre y los trabajos oponian constancia invencible, combatiendo los unos por amor á la persona del rey D. Pedro, y por miedo otros al castigo que juró imponerles el alcaide.

D. Enrique estaba pesaroso de no haber marchado á Andalucía; pero no podia retroceder ya sin descrédito, y á mas le reanimó un socorro inesperado y formidable. Beltran de Gúesclin llegó al campamento con mas de mil hombres de armas, y buen número de caballeros muy aficionados á D. Enrique.

CAPITULO VIII.

Húndense casas al temblar Granada:
Vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
Traicion (toca á rebato), hay ordenada.

ESPINEL.

HABIA llegado el ocho de Marzo de mil trescientos sesenta y nueve, y el ejército de D. Enrique no habia logrado apoderarse de la noble ciudad de Toledo, despues de un sitio de once meses y de innumerables trabajos. Los aventureros murmuraban, y solo los halagos del rey y el firme carácter de Beltran podian mantener la disciplina y calmar un poco el disgusto.

En la tienda de D. Enrique estaban reunidos, el monarca, Beltran de Gúesclin y Bernal.

—Señores, decia D. Enrique, solo me detiene ante Toledo el sagrado juramento que hice, y el temor de desanimar á cuantos siguen mis banderas. Once meses y ocho dias de sitio son para cansar á cualquiera, y los capitanes murmuran.

—Señor, interrumpió Beltran, vuestra alteza los entretiene con ofertas y con halagos: yo los hago entrar en razon con amenazas y con votos.

—No hablemos mas, dijo el bearnés, del largo sitio de Toledo: ella nos abrirá las puertas, ó nosotros penetraremos por sus elevadas almenas. Hemos jurado conquistarla y lo cumpliremos, D. Enrique. Para matar algunas horas, podia contarnos du Gúesclin, lo que le ha pasado desde el dia en que lo hicieron prisionero.

—Me parece muy buena idea, dijo D. Enrique.

—Y á mí, añadió Beltran sonriendo, con tal que Bernal de Bearne nos regale tambien con su historia.

—Convenido, replicó Bernal.

—Pues entonces, dijo du Gúesclin, presten atencion á mi cuento. En Nájera rendí mi espada al noble príncipe de Gales; pues quedando su prisionero ponía en seguro mi cabeza, lo que no hubiera sucedido entregándome á vuestro hermano, el rey D. Pedro. El príncipe llamó á su cuñado y me entregó á él, recomendándole que me guardase con esmero. El Captal, que me conocia por haber estado entre mis manos, me dijo:—Beltran de Gúesclin, cómo se han cambiado los tiempos! Vos me cogisteis prisionero en la batalla de Cocherel, y sois mi prisionero al presente. Yo le respondí:—Ilustre Captal, no

estoy en vuestro poder por fuerza, y yo os aprisioné espada en mano: así os llevo alguna ventaja.—“Señor, me respondió el Captal, yo soy vuestro mejor amigo, y estoy decidido á probarlo. Si me jurais, por la lealtad que debéis á la Flor de Lis, no separaros sin el permiso del noble príncipe de Gales, de los cuarteles de su ejército, me basta con vuestra palabra, y no tendréis otra prision.”—Así os lo prometo, repliqué, y no faltó á mis juramentos.—“Os creo, me respondió el Captal, y esta noche tendréis vuestro lecho en la misma cuadra que yo.” Dormimos como lo habia dicho, y al dia siguiente cabalgamos para la buena ciudad de Burgos, que me habia recibido vencedor un año antes, y entonces me miraba vencido. En Burgos me pasé una vida digna de un obispo: banquetes en casa de los caballeros, y sin empuñar una espada ni tener á mano una armadura. El príncipe partió de Burgos, y yo, sirviéndole de comitiva, fui con el príncipe á Burdeos. Allí se le ocurrió al inglés tenerme un poco mas guardado, y me señaló una prision, con su correspondiente portero. No se habrá olvidado el tunante de los palos que le apliqué á la primer mala pasada que tuvo la intencion de hacerme. Yo soy un hombre de fortuna: encontré con un usurero que me prestó diez mil escudos, y pasé la vida como un príncipe. Mis amigos estaban deseosos de verme puesto en libertad: y un dia que el príncipe de Gales los obsequiaba con ricos vinos, y que conversaban de los hombres mas distinguidos en las armas, el señor de Labrit se dirigió al príncipe, y le dijo:—“¿No os ofenderéis, señor, conmigo, si os refiero algunas palabras que han dicho de vos en vuestra ausencia?”—“Yo aborreceria, contestó el príncipe, á cualquiera de los caballeros que toman asiento en mi mesa, si oyendo palabras ofensivas á mi honor me las ocultase.”—“Se dice, replicó el de Labrit, que tenéis preso á un caballero, cuyo nombre no recuerdo ahora, porque os da temor verle libre.”—“Es verdad, añadió Clison, que muchos hablan de ese modo.”—“Mienten, exclamó el príncipe irritado.”—“Quizá olvidais, replicó Labrit, que Beltran Gúesclin está preso.”—“Que lo traigan á mi presencia.” Vinieron algunos amigos y fui con ellos á ver al príncipe: este me preguntó:—“Beltran, ¿cómo lo pasas?”—“Señor, le respondí, cuando os plazca lo pasaré mucho mejor. He oido largo tiempo las músicas de los saraos; pero deseo mucho mas oír las aves que cantan en los bosques, y las oír cuando vos querais.—Beltran, las oíréis al instante si me prestais el juramento de no traer las armas contra mí, ni de llevarlas en favor de D. Enrique de Castilla. Si me hacéis este juramento os pondré al instante en libertad, pagaré todas vuestras deudas y os regalaré diez mil florines; pero si no hacéis el juramento, permaneceréis en prision.”—“Señor, mi libertad está muy lejos, y si no cambiáis las condiciones durará tanto mi prision como mi vida, noble príncipe. Si Dios quiere, jamas mis amigos tendrán una queja de mí. Y por Dios, que ha for-

mado el mundo, juro servir con toda el alma á los que he servido hasta hoy. Yo serviré, príncipe de Gales, al rey de Francia mi señor, á sus hermanos los nobles duques de Anjou, de Borgoña, de Borbon y de Berry, y al rey D. Enrique de Castilla.

—Bien, Beltran, le interrumpió el monarca.

—El príncipe no dijo palabra, y yo proseguí: mas dejadme, si es vuestra voluntad, señor; pues me habeis retenido preso sin razon y sin causa alguna. Yo salí de Francia con mis gentes con ánimo de combatir á los sarracenos de Granada, como consta á Hugo de Carbolay, para redimir mis pecados y conseguir la salvacion.—¿Y por qué no habeis continuado hasta conseguir vuestro objeto? me dijo el príncipe.—Señor, voy á responderos al instante. Nos encontramos á D. Pedro, que Dios confunda y Dios maldiga, el cual habia dado veneno á la noble reina su esposa, madama Blanca de Borbon. Por las venas de esta señora corria la sangre de San Luis, sangre que corre por las vuestras, y todo vasallo del rey de Francia debia castigar tan gran crimen. Para tomar justa venganza de tan cobarde asesinato, reuní mis huestes con las huestes de D. Enrique de Castilla, á quien amo particularmente, y el que segun mi opinion, príncipe, tiene mejor derecho al trono. Mis esfuerzos no fueron vanos: D. Enrique empuñó el cetro de su buen padre Alonso Onceno, y los moros y los judíos, que á la sombra del rey D. Pedro medraban en toda Castilla, dieron sus cuellos á las espadas de los soldados de D. Enrique y de mis valientes compañías. Vos, con singular altivez y con un formidable ejército, os encaminasteis á Castilla, para poseer los montes de oro que os habia ofrecido D. Pedro, y reinar despues de este monarca. La fortuna me fué contraria en las inmediaciones de Nájera, y echásteis por tierra en un dia el trono que yo habia levantado tambien en un corto espacio de tiempo. Triunfasteis, príncipe de Gales: ¿mas cuáles fueron los resultados de vuestra victoria, señor? Ver á vuestro ejército hambriento, y veros vos mismo burlado por la astucia del rey D. Pedro. ¿Habeis recibido los tesoros que os ofreció? ¿Os ha entregado la Vizcaya? Me parece que ni uno ni otro, y que os ha burlado, noble príncipe. “El príncipe y los caballeros dijeron que habia hablado en razon, y me dieron sus parabienes: el heredero de la Inglaterra me dijo:—Beltran, no saldréis con todo de prision sin pagarme un fuerte rescate: y aun me desagrada haceros gracia. Pero se dice que os retengo por temor, y quiero probar que está el miedo tan lejos de mí como los astros de la tierra. No os temo, Beltran, no temo á nadie, y quedaréis libre pagando un buen rescate; lo repito.—Señor, le repliqué: yo soy un malparado caballero, de pocas riquezas en verdad, y de no grande nombradía. Mi patrimonio está empeñado, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos. Si me queréis dejar ir libre bajo mi palabra...—¿Adónde iréis?—Adonde recobre mis pérdidas.—Pues os dejo en entera libertad; y en cuanto al rescate,